

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
Y  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**53-54**

*ENERO-JUNIO*

**1954**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

DR. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

*Eduardo García Máymez*

DIRECTOR:

*Salvador Azuela*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria  
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$ 15.00
Exterior . . . . .	Dls. 2.50
Número suelto . . . . .	\$ 4.00
Número atrasado . . . . .	\$ 5.00

## S u m a r i o

### ARTICULOS

	Págs.
Andrés Avelino . . . . .	11
<i>Los problemas antinómicos del Existencialismo Kierkegaardiano . . . . .</i>	
Oswaldo Robles . . . . .	23
<i>Circunstancia e incidencia histórica de la Psicología Clínica. . . . .</i>	
Francisco Larroyo . . . . .	63
<i>Los problemas de la Antropología Filosófica . . . . .</i>	
Leopoldo Zea . . . . .	75
<i>La Historia de Karl Mannheim . . . . .</i>	
Eli de Gortari . . . . .	93
<i>Sobre el método dialéctico materialista . . . . .</i>	
José Villaseñor Tejeda . . . . .	109
<i>Mimesis y creación artística (Comentarios a la Poética de Aristóteles) . . . . .</i>	
Juan A. Ortega y Medina . . . . .	119
<i>La Literatura viajera alemana del siglo XIX sobre México . . . . .</i>	
Fernando Salmerón . . . . .	133
<i>El Seminario de José Gaos sobre el pensamiento de lengua española . . . . .</i>	
Manuel Alcalá . . . . .	149
<i>Alfonso Reyes, el mexicano universal . . . . .</i>	
Agustín Millares Carlo . . . . .	165
<i>Nota sobre Archivología . . . . .</i>	

	Página.
Pedro Urbano González de la Calle . . . . .	<i>De re etymologica</i> . . . . . 183
Sergio Fernández . . . . .	<i>El elevado olvido de Alfonso de Valdés</i> . . . . . 193
Martha Díaz de León de Recaséns . . . . .	<i>El amor y la muerte en el romance castellano</i> . . . . . 213
Eduardo Luquín . . . . .	<i>México frente al europeo</i> . . . . . 225
Abelardo Villegas . . . . .	<i>El cielo y la tierra en "El sueño de Sor Juana"</i> . . . . . 241
Alfredo Leal Cortés . . . . .	<i>Elogio de Mariano Azuela</i> . . . . . 253

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Sergio Fernández . . . . .	<i>El Llano en Llamas</i> (Juan Rulfo) . . . . . 259
Isaías Altamirano . . . . .	<i>Introducción a la Etica</i> (Germán Nohl) . . . . . 269
Eduardo Luquín . . . . .	<i>Tiempo de Arena</i> (Jaime Torres Bodet) . . . . . 272
Andrés Collard . . . . .	<i>Jacques Roumain. Gouverneurs de la Rosse.—Les Editeurs Français Réunis.—Corbeil, 1950. Pág. 72.</i> . . . . . 277
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Homenaje al insigne bibliógrafo mexicano Joaquín García Icazabalceta.</i> (Emilio Valtón) . . . . . 282
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>La biblioteca del obispo Juan Bernal Díaz de Luco</i> (Tomás Marín) . . . . . 284
Aurora Flores Olea . . . . .	<i>Didáctica General</i> (Francisco Larroyo) . . . . . 286
María del Carmen Landero R. . . . .	<i>Freud a distancia</i> (Oswaldo Robles) . . . . . 290
Gustavo Luis Carrera . . . . .	<i>Giraluna</i> (Andrés Eloy Blanco) . . . . . 295
Adriana Cosío Pascal . . . . .	<i>Introducción a la Psicología</i> (Wolff Warner) . . . . . 299
Sergio Pitol . . . . .	<i>La Engañada</i> (Thomas Mann) . . . . . 302
Xavier Tavera Alfaro . . . . .	<i>La génesis de la conciencia liberal en México</i> (Francisco López Cámara) . . . . . 305
J. H. L. . . . .	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> . . . . . 309

## ELOGIO DE MARIANO AZUELA

El ambiente que nos circunda es nota de una mansa y sincera cordialidad, valor que circula en esta tierra como la moneda mínima de cobre en mostrador de tendero. Hemos venido a Lagos de Moreno, tierra fabulosa en leyendas y en hombres singulares, a reconocer los rincones y plazuelas, en los cuales ha permanecido imborrable la huella de un hombre de buena voluntad.

Y pláceme decir que este homenaje de palabras no es comparable al esfuerzo de la iniciativa privada y de los hermanos de Alba, que se empeñaron en hacer presente en Lagos a Don Mariano Azuela, y al novelista darle el primer pago de la deuda nacional contraída con él.

Una vez más la provincia, —carne y arteria de la patria—, entrega un hombre; lo da con la sencillez parida en la meditación de horas lentas. Lo regala fiel en imagen a ella: humilde, sensitivo y con una modestia, donde la dignidad es título insustituible de nobleza. Lo presenta con el nombre de Mariano Azuela, quien nace el 1º de enero de 1873, “a media cuadra de la plazuela de San Felipe, aunque sus ojos ven la luz de la razón —según él mismo decía— en la Providencia, segundo comercio paterno”.

¿Podría agregar algo a la biografía de Azuela que no fuera conocido? Nada. Se ha destacado fecundamente el valor literario por la crítica. Ahora, los estudios sobre su obra, rinden intereses a un alto rédito a la parquedad de los primeros años, a los timoratos regateos de quienes pretendieron negarlo, tratando de destruir con débiles meñiques lo construído con piedra y argamasa.

Pero lo válido en él no sólo se encuentra en sus extraordinarias virtudes literarias, sino en la vertical conducta pública y privada.

Nadie ignora que la inseguridad y la duda, que la angustia, resultado del miedo y reflejo del error, son las fuerzas transformadoras que indirecta o mediatamente, reinan en nuestro mundo; y que tal atmósfera —presagio de una nueva sociedad— contagia a los individuos, los hace perversos, los desfigura, hasta cambiar opuestamente los valores que fueron norma de conducta colectiva, en premios para quienes hacen del engaño su religión.

Y hoy como ayer hemos de elevar a ejemplaridad la conducta de quienes, sin alardes, pensaron en la redención de nuestra tierra, de nuestros hombres, por medio del convivio con la verdad y la justicia.

A Mariano Azuela lo hemos de elevar, no porque pretendamos deslindar en abstracto al hombre del artista. "La novela es la novela. Pero el novelista es además hombre. Y como hombre, como escritor, tiene una responsabilidad. La indiferencia es mal síntoma. Los grandes creadores han tenido pasión, y cuando la pasión se sincroniza con la del pueblo, cuando resuena en ellos ese fondo humilde que proyecta en esperanza la materia bruta de la República, surge el arte democrático..." Además, en Azuela, se da la continuidad espiritual de nuestra América. Nuestros grandes novelistas —dice Arciniegas— han padecido por su amor a la libertad, han pagado hasta por el simple amor a la justicia. Y es que, para Azuela, la novela no es un mero fenómeno literario, encarna lo sustantivo de la vida, el planteamiento y solución de los problemas sociales de nuestro México.

Para él sus personajes no eran marionetas de la psique, eran figuras descarnadas, cogidas de la realidad. El, por encima de todo, procura construir piezas indestructibles para la historia de México, para más tarde aprovecharlas como experiencias para guardarse de próximos errores.

Azuela fué un estudiante común y ciudadano tempranamente responsable; encarna rápidamente el tipo del dirigente, tal vez porque como repite Arciniegas, "La mayor parte de nuestros percances del XIX —de lo del XX ya nadie duda—, son de tal suerte fabulosos, que no es posible referirlos de la manera descarnada y fría de los eruditos." Por eso el novelista se transforma rápidamente en líder.

Y es precisamente aquí, en Lagos, donde su figura cobra los primeros pagos de la popularidad al ser nombrado jefe político, ya con el triunfo de la Revolución; pero padeciendo fobia a todo lo que es engaño, publica una alocución leída en el club laguense "Máximo Cer-

dán”, el 9 de agosto de 1911, donde dice “... la necesidad urgentísima del país no era el cambio de un hombre por otro hombre, sino de un régimen viejo, prostituído y sucio, por un nuevo honrado y limpio...”

“Pero el pueblo no debe amadrentarse con esto; el pueblo debe saber que hay una ley ineludible en las fuerzas de la vida y que esa ley es la del ritmo en el movimiento; no hay movimiento sino en tanto existan dos fuerzas opuestas, una de impulsión y otra de retroceso. Del imperio de una de las dos —continúa diciendo— o de su equilibrio, dependen el progreso, la reacción o la inercia... Si el pueblo vuelve a su apatía tradicional y deserta desde el principio de la lucha, el caciquismo ha triunfado...” Estas frases podrían ser actuales, tal parece que los problemas de nuestra primera década, aún no se resuelven. Desde entonces hasta su muerte, no permanece indiferente a la lucha de su pueblo.

Como ubicación exacta de su temperamento avasallador que no admite componendas, se adhiere a las filas de uno de nuestros geniales románticos de nuestra Revolución: Francisco Villa. Pero Azuela, el doctor, fué demasiado recto, y ante la inmediata frustración nacional revolucionaria, él solo se auto-exila.

Se vician los hombres, manchan las instituciones olvidándose de las promesas como amnésicos a los sacrificios nacionales, pero en Azuela no ha pasado el ardor de su lenguaje, ni se ha olvidado que la verdad en su boca, por su uso diario, se convirtió en virtud cotidiana. Afila sus armas, y los caciques, los eternos enemigos de nuestra América, la lepra y cáncer de este nuestro pretendido Nuevo Mundo, sienten el aguijón en propia carne. No oyen. La traición, las promesas incumplidas por los gobernantes a su pueblo, los sordos, vuelven, pero al final, por más que se oculten, lastiman; entonces Azuela es traidor para aquéllos falsarios, para los nuevos fariseos que predicán falsos principios escudándose en el nombre de la Revolución.

Para ellos el hombre puro es quien todo lo ensucia, el que maneja la verdad es el que engaña; pero Azuela cuando escribe toca entrañas y sus personajes son tan reales que se bañan en la sangre de sus propias pasiones. Azuela contesta a latigazos y, más tarde, para fijar eternamente su posición de hombre que sueña la gloria para los suyos —mas no aquella de los poetas falsos que hablan de coronas y laureles—, declara: “yo soy enemigo jurado del fanatismo sin que me importen sus etiquetas”. La verdad era tan esencial para Azuela como su amor a Mé-



A L F R E D O   L E A L   C O R T E S

xico, para él, que, con su sencillez y su hombría y que sin haber hecho una campaña política tenía la simple y llana representación de millones de gentes que practicaban la vida ciudadana, al ver en él, la escueta verdad del desilusionado.

¿Cómo no admirar más al hombre que al novelista, si el primero impone normas, juicio y conducta al segundo?

El monumento de Azuela es la honradez. Ella fué su refugio. El fué su vocero. En ella encuentra la fuerza necesaria para luchar en todos los campos. Y ella le compensó, entregándosele, abierta, profundamente. Cuando se hable de honradez, debe reconocerse a Mariano Azuela como encarnación exacta de lo que por propia voluntad es hacedero.

En él se fija un vigoroso sentido de liberación, demostrado no sólo en libros, conferencias, sino en todo tipo de tribunas, que hicieran posible la difusión de sus desesperados gritos de verdad.

Ahora su carne volvió a su mundo, a la tierra única y sin engaños; regresó al infinito dejándonos su infatigable presencia de luchador empedernido y rectilíneo.

Ya nada ni nadie podrá reducir su estatura; su entrada a la historia de los héroes civiles, se ha consumado.

ALFREDO LEAL CORTÉS